

se fueron, se entraron entrambas con Don Quijote, y la sobrina le dijo: "¿Qué es esto, señor tío? ¡ahora, que pensábamos nosotras que vuesa merced volvía á reducirse en su casa, y pasar en ella una vida quieta y honrada, se quiere meter en nuevos laberintos, haciéndose *pastorcillo tú que vienes, pastorcico tú que vas!* pues en verdad, que está ya duro el alcacer para zamponas." Á lo que añadió el ama: "Y ¿podrá vuesa merced pasar en el campo las siestas del verano, los serenos del invierno, y el aullido de los lobos? No, por cierto; que este es ejercicio y oficio de hombres robustos, curtidos y criados para tal ministerio, casi desde las fajas y mantillas: aun, mal por mal, mejor es ser caballero andante, que pastor. Mire, señor: tome mi consejo, que no se le doy sobre estar harta de pan y vino, sino en ayunas, y sobre cincuenta años que tengo de edad: estése en su casa, atienda á su hacienda, confiese á menudo, favorezca á los pobres, y sobre mi ánima si mal le fuere.—Callad, hijas, les respondió Don Quijote, que yo sé bien lo que me cumple: llevadme al lecho, que me parece que no estoy muy bueno; y tened por cierto que, ahora sea caballero andante, ó pastor por andar, no dejaré siempre de acudir á lo que hubiéredes menester, como lo vereis por la obra:" y las buenas hijas (que lo eran sin duda), ama y sobrina, le llevaron á la cama, donde le dieron de comer y regalaron lo posible.

CAPÍTULO LXXIV.

De cómo Don Quijote cayó malo, y del testamento que hizo, y su muerte.

Como las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinacion de sus principios hasta llegar á su último fin, especialmente las vidas de los hombres, y como la de Don Quijote no tuviese privilegio del cielo para detener el curso de la suya, llegó su fin y acabamiento cuando él menos lo pensaba; porque, ó ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido, ó ya por la disposicion del cielo, que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura que le tuvo seis dias en la cama, en los cuales fué visitado muchas veces del cura, del bachiller y del barbero, sus amigos, sin quitársele de la cabecera Sancho Panza, su buen escudero. Estos, creyendo que la pesadumbre de verse vencido, y de no ver cumplido su deseo en la libertad y desencanto de Dulcinea, le tenia de aquella suerte, por todas las vias posibles procuraban alegrarle, diciéndole el bachiller que se animase y levantase para comenzar su pastoral ejercicio, para el cual tenia ya compuesta una égloga, que mal año para cuantas Sanazaro habia compuesto, y que ya tenia comprados, de su propio dinero, dos famosos perros para guardar el ganado: el uno, llamado *Barcino*, y el otro, *Butron*, que se los habia vendido un ganadero del Quintanar. Pero, no por esto, dejaba Don Quijote sus tristezas. Llamaron sus amigos al médico; tomóle el pulso, y no le contentó mucho; y dijo que, por sí ó por no, atendiese